

á corta distancia de allí, el mismo criado fué á decirle que habia encontrado el anillo en los pliegues de su vestido. Esta noticia no le alteró mas que la primera, y unido á la voluntad de Dios con un desprendimiento perfecto, conservó la misma igualdad de ánimo y de semblante. Habiendo llegado á una fonda, se apercibió que su capellan, Miguel Favre, reñía con el dueño de ella porque habia trasladado los efectos del santo viajero, de la habitacion que habia dado primero á otra menos cómoda, y no pudiendo sufrir este exceso de mal humor le reprendió dulcemente. «Aun cuando nos hubiese hecho pasar, le dijo, de este cuarto á otro menos cómodo, convendría sufrirlo con paciencia y mansedumbre, porque ya sabeis que Nuestro Señor ha dicho: Si alguno te quita tu túnica, dale tambien tu capa.» (1)

Despues de haber viajado así á pequeñas jornadas, á causa de los dolores que le obligaban á menudo á detenerse, llegó á Annecy, donde todo el pueblo estaba lleno de gozo por volverle á ver.

CAPITULO XI.

Caridad de Francisco con los pobres.—Va á Avignon, y pasa de allí á Lion, donde muere.

(Año 1622.)

El primer cuidado de Francisco á su llegada á Annecy, fué socorrer á los pobres. Empezó por darles todo lo que poseia en dinero; y habiéndose agotado su bolsa, empeñó el anillo precioso que le habia dado la Princesa del Piamonte. Algunas personas caritativas informadas del hecho, se apresuraron á desempeñarlo y se lo hicieron entregar. Desempeñado así lo empeñó de nuevo, y el mismo rasgo de caridad se reprodujo con tanta frecuencia por una par-

(1) Carlos Aug., p. 559.

te y por otra, que fué como un proverbio admitido en toda la ciudad que aquella sortija no pertenecia al Obispo de Ginebra, sino á todos los mendigos de Annecy.

Mientras el santo Obispo se consagraba enteramente á las necesidades de los pobres, recibió una carta del Duque de Saboya que le mandaba fuera á unírsele á Avignon, á donde debia dirigirse para saludar á Luis XIII, y felicitarle por haber reducido á la obediencia á los hugonotes del Languedoc. La princesa del Piamonte, que debia ser de la partida, habia deseado la acompañara su gran limosnero.

Al saber esto todos los amigos del santo Obispo, que veian el mal estado de su salud, temieron por ella y le suplicaron no emprendiese este viaje, sobre todo en un tiempo que le era tan contrario, ofreciéndose ellos mismos á hacer que admitiese sus excusas el Duque de Saboya. Pero el hombre de Dios no quiso rendirse á este parecer, pues veia la voluntad divina en las órdenes de su soberano, y esperaba además obtener de Luis XIII algunas ventajas para la parte de su diócesis que pertenecia al reino de Francia, y estas dos consideraciones tuvieron mas fuerza que las otras. «Es preciso ir, dijo, á donde Dios nos llama; iremos hasta donde podamos, y nos detendremos cuando la enfermedad no nos deje ir mas allá.» (1) No obstante, preveia claramente que no habia de volver, y en su consecuencia puso todos sus negocios en un orden tan perfecto, como si estuviese en vísperas de morir. El 6 de noviembre reunió al Obispo de Calcedonia, á sus otros hermanos y á varios amigos, y les dijo ingénuamente que se aproximaba la hora de la partida; cuyas palabras interpretaron estos como alusivas á su partida para Avignon. «Este viaje, añadió al punto, será seguido de otro; por eso os he reunido, con el fin de leeros mi testamento.» Al oír esto ninguno pudo contener sus lágrimas, cuyo primer impulso de dolor procuró

(1) Carlos Aug., p. 566.

el santo Obispo moderar con algunas palabras de consuelo; les leyó luego su testamento, concebido en estos términos: «Nos, Francisco de Sales, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica Obispo y Príncipe de Ginebra, queriendo hacer saber á todos los que corresponden de nuestra última voluntad, rogamos, en primer lugar á Dios todopoderoso reciba nuestra alma en su gracia, y la haga participar de la herencia eterna que nuestro Redentor nos ha adquirido con su sangre; en segundo lugar, invocamos á la gloriosa Virgen María y á todos los santos, para que nos imploren en vida y muerte la misericordia de Dios; en tercer lugar, si agrada á la Providencia divina que la santísima, única y verdadera religión católica y romana sea restablecido en la ciudad de Ginebra á mi muerte, ordenamos que en ese caso sea enterrado mi cuerpo en nuestra iglesia catedral, y si aún no ha sido restablecida allí, ordenamos que sea enterrado en medio de la nave de la iglesia de la Visitacion de Annecy, que hemos consagrado, á no ser que muramos fuera de nuestra diócesis, en cuyo caso dejamos la elección de nuestra sepultura á los que sean entonces de nuestra comitiva; cuarto, aprobando con todo nuestro corazón las sagradas ceremonias de la Iglesia, ordenamos que en nuestro entierro estén encendidos trece cirios al lado de nuestro atahud, sin mas escudo que los del nombre de Jesus, para demostrar que de todo nuestro corazón abrazamos la fé predicada por los apóstoles; pero despues, detestando las vanidades y superfluidades que el espíritu humano ha introducido en tales ceremonias, prohibimos espresamente sea empleada otra alguna luz en nuestras exequias, rogando á nuestros parientes y amigos, y ordenando á nuestros herederos, no añadan nada, y ejerciten su piedad hácia nos haciendo celebrar el santo sacrificio de la Misa.»

Al dia siguiente, 7 de noviembre, el hombre de Dios empleó toda la mañana en hacer el exámen de su conciencia para una confesion minuciosa, y la tarde en confiar al

Obispo de Calcedonia todos los papeles importantes y reglamentos relativos al buen orden de la diócesis, despues de lo cual, pareciendo estar muy alegre: «Verdaderamente, dijo, me parece, por la gracia de Dios, que no toco la tierra mas que con la punta de un pié, porque el otro está ya en el aire para partir.» (1)

Estando en esto llegó un caballero francés que, impulsado por la necesidad, iba á pedirle limosna, prometiéndole despues de haberla recibido devolverle la misma suma de dinero: «Ya os podeis dar prisa, replicó, porque si no la eterna Majestad me la devolverá muy pronto por vos, porque espero que dentro de poco estaremos los dos en estado de no necesitar nada.» Y en efecto, al cabo de dos meses el caballero y el Obispo de Ginebra no existian (2).

El 8 de noviembre Francisco se despidió de sus parientes y amigos como si no debiera volverlos á ver mas. «Poco importa, les dijo, que muera fuera de mi pais, con tal que muera bien.» «Me voy con Nuestro Señor, dijo á uno de sus párrocos que habia ido á pedirle su bendicion antes de su partida: no nos veremos ya en este mundo.— ¡Oh! Monseñor, dijo el cura, cuando considero vuestro semblante y vuestra salud, no desespero de volveros á ver aún.— Sí señor, vivo ó muerto me vereis dentro de tres meses;» lo cual se realizó en efecto, porque tres meses despues llevaron sus restos á Annecy (3).

Habiendo ido los canónigos en corporacion á despedirse de él, los abrazó á todos con ese afecto tan tierno que habia tenido constantemente hácia ellos, declarándoles que partia para Avignon y para la eternidad, y que se iba para no volver. «Este viaje me costará la vida, dijo al Padre Anselmo, franciscano, uno de sus mas íntimos amigos, ya no nos veremos mas que en el cielo; pero es pre-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 7 de noviembre.

(2) Carlos Aug., p. 565.

(3) *Idem*, p. 561.

«ciso ser obediente como nuestro Maestro hasta la muerte de la cruz.» (1)

Otra despedida habia mas costosa aún para el corazón del santo prelado; era la de sus amadas hijas de la Visitacion (2). Fué á ofrecer el santo Sacrificio á su capilla, con una magnífica casulla que debia á la espléndida generosidad de la infanta de Saboya, y se la dejó como recuerdo: «Porque, les dijo, cuando los amigos se separan, acostumbra-
»bran hacerse presentes.» Despues les dirigió algunas palabras santas, diciéndolas que ya no le quedaba mas que el cielo, recomendándoles sobre todo la humildad, la sencillez y la obediencia. «Mis amadas hijas, les dijo, no pidais nada y no rehuseis nada; estad siempre dispuestas á lo que Dios y la obediencia quieran de vosotras. Que vuestro único deseo sea amar á Dios, vuestra única ambicion poseerle. Adios, hijas mias, hasta la eternidad.— ¡Monseñor, exclamaron llorando, Dios os volverá entre nosotras!—Y si no le agrada que vuelva, ¿acaso se le deberá bendecir menos por eso? Su beneplácito es siempre igualmente amable.» El corazón del santo Obispo se enterneció sobre todo cuando, al salir de la casa, vió á la virtuosa tornera, Ana Jacobina Costa, postrada á sus pies y rogándole con lágrimas la bendijera. «Hija mia, le dijo, he hecho otros muchos viajes, y nunca os he visto llorar á mi partida. ¿Por qué estais hoy tan afligida?—¡Ah! es que el corazón me dice que este viaje será el último, y que no os volveremos á ver.—Y á mí, contestó Francisco profetizando la próxima muerte de la tornera, me dice el corazón que, si no vuelvo, nos veremos mas pronto de lo que pensais.» (3)

Despues de haberse despedido así Francisco partió el 9 de noviembre, dejando su casa y toda la ciudad llena de luto y de llanto. El Obispo de Calcedonia se arrojó á sus

(1) Carlos Aug., p. 561.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 8 de noviembre.—Carlos Aug., p. 561.

(3) *Idem*, 10 de noviembre.

piés en el momento en que iba á montar á caballo, no pudiendo hablar sino con suspiros y sollozos, y así recibió el último ósculo de su santo hermano. Los principales del clero y de la ciudad quisieron acompañarle hasta Seynel, donde debia embarcarse en el Ródano; y cuando llegó á esta ciudad, en el momento de poner el pié en el barco, no se oía de todos lados mas que gritos y lamentos. Todos consideraban este momento como el de la última separacion, porque creian en la verdad de las predicciones que habia hecho de su próxima muerte. «Vendreis, les dijo, á buscarme dentro de algun tiempo á este mismo lugar donde me despido,» lo que se verificó, porque fueron allí dos meses despues á recibir sus despojos mortales; y despues de haber dado gracias á los que le habian acompañado, se embarcó para Belley. Hacia un frio estremado, aumentado por una brisa violenta y una lluvia glacial; y como le manifestasen lástima: «¿No sabeis, dijo, que estamos en servidumbre bajo los elementos de este mundo?» Habiéndole recordado entonces uno de sus familiares la profunda afliccion de su pueblo de Annecy: «No hablemos de eso, dijo, hablemos mas bien del país feliz á donde nos encaminamos; yo partiré para él muy pronto. Haré como las tropas ligeras, porque partiendo sin tambor ni trompeta, y llegando ántes que sepan mi partida, cuando oigas decir que estoy enfermo, sabed que ya habré muerto;» y continuó hablando así de la dicha de la eternidad y de la vanidad de todo lo que pasa (1).

Habiendo llegado á Belley, su primer cuidado fué ir á ver á sus amadas hijas de la Visitacion. Al verle la hermana Simpliciana prorumpió en sollozos; y habiéndole preguntado el santo la causa de su dolor: «¡Ah! monseñor, dijo, ¿es que vais á morir este año?—¿Qué decís, hija mia, que voy á morir este año?—Sí, monseñor, pero os ruego pidais á nuestro Señor y á su Santísima Madre que no suceda así.—Oh, hija mia, contestó el siervo de Dios,

(1) Carlos Aug., p. 562.—Dep. de Favre, que estaba presente.

»no me pidais eso, porque no lo haré.—Pero yo sí lo haré; »rogaré tanto á nuestro Señor y á la Santísima Virgen, que »lo dilatará algunos años.—Guardaos bien de hacerlo, mi »querida hija, dijo el santo Obispo con un tono casi de »súplica. Pues qué, ¿no os alegrareis de que vaya á des- »cansar? Estoy ya tan débil y pesado que no puedo con- »migo, y además ¿para qué me quereis? Teneis vuestras »constituciones, donde todas las cosas estan perfectamen- »te establecidas, y ademas os dejo á nuestra Madre de »Chantal, que os bastará. En fin, no debemos poner nues- »tras esperanzas en los hombres que son mortales, sino en »el Dios vivo.» Todas estas cosas se decian el 11 de no- »viembre de 1622, y el 28 de diciembre del mismo año, el siervo de Dios ya no existia (1).

Despues de esta conversacion con la hermana Simpli- ciana, el santo entró en la capilla para decir Misa en honor de San Martin, y en medio del santo sacrificio apare- ció en el altar rodeado de luz, «de suerte, dicen los »manuscritos de la Visitacion, que pareció á todos los »asistentes que estaban en el paraiso.» Despues de la Misa entró en el convento, y viéndolo muy pequeño, dijo que se complacia en ver á sus palomas en tan estrecha y ente- ra pequeñez. Habiendo encontrado á la señora de Boys que llevaba de la mano á una de sus niñas de edad de cinco á seis años, acarició á la niña, la llamó por su nombre aunque nunca la habia visto, y dijo haciéndole una cruz en la frente: «Hago esta señal sobre la pequeña María para »que sea un dia hija de la Visitacion,» lo que en efecto se verificó.

De Belley el santo partió para Lyon, donde despues de haber dicho Misa en la Visitacion de Bellecour, y hablado apenas un instante con la superiora, se vió obligado á di- rigirse á toda prisa al puerto para embarcarse: la embar-

(1) Fundacion inédita del décimotercero monasterio de la Visitacion, en la ciudad de Belley, p. 174.—Vida de las primeras madres de la Visitacion, t. 2, p. 36.

cacion iba á partir, cuando se presentó para entrar en ella; pero antes de recibirle, el batelero, que no le cono- cia, le pidió pasaporte. Los que acompañaban al Prelado se ofendieron de esta exigencia. «Dejadle, dijo el santo »Obispo, él sabe y hace su oficio de batelero, y nosotros »no sabemos el de viajero.» Y en vez de disgustarse inú- tilmente, hizo partir á su fiel Rolando para pedir un pasa- porte al gobernador de Lyon.

Él, entre tanto, permaneció en el puerto durante este tiempo, que fué mas de una hora, sufriendo un frio rigo-roso y un viento glacial, sin dar la menor señal de dis- gusto ó impaciencia.

Como se quejaban de la tardanza que ocasionaba este incidente: «Es cierto, contestó, que tengo prisa por lle- »gar; pero Dios quiere que espere y sufra este viento y »este frio, y es preciso quererlo tambien.» Y diciendo es- tas palabras, su frente serena revelaba á todos que su alma estaba tranquila y su corazon contento. Habiendo llegado por fin el pasaporte, entró en la barca y fue á co- locarse cerca del batelero; «porque, dijo, quiero contraer »amistad con este buen hombre y hablarle un poco de »Nuestro Señor.» (1)

La barca partió entonces y condujo á los viajeros á Valence. Allí visitó el monasterio de la Visitacion, funda- do por la señora de Ganelle, que vivia retirada en él como pensionista; y encontrando á esta santa señora muy afli- gida porque no querian á causa de su edad, de ochenta y cuatro años, recibirla como religiosa, decidió su admision: «porque, dijo, no hay edad que no sea digna de ser consa- »grada al servicio de Dios.» Quiso tambien visitar á una persona de eminente santidad llamada la hermana María de Valence; y como no sabía dónde vivia, se hizo conducir á su habitacion por una hermana tornera. Esta, que tenia mucho que hacer, andaba tan de prisa que el santo no po-

(1) Dep. de M. Pernot, sacerdote que lo acompañaba.—*Año Santo de la Vi- sitacion*, 13 de noviembre.

dia seguir las. «Hija mia, le dijo, ¿quereis que vayamos un poco mas despacio?»

Despues de haber moderado su marcha algunos instantes, volvió á tomar, sin pensarlo, su paso apresurado. El bienaventurado entonces, sonriendo y haciendo un esfuerzo, apresuró tambien el suyo cuanto le fue posible, diciendo: «Los que son conducidos deben seguir;» y llegado á la puerta de la habitacion la bendijo por tres veces, y poniéndole la mano en la cabeza le dijo: «Recibiréis un dia el velo de la Congregacion;» lo que en efecto sucedió (1). Tuvo luego una larga conferencia con María de Valence, á pesar de la hora tan avanzada de la noche, y cuando salió encontró á los que le acompañaban impacientes de tanto esperar, hasta tal punto que uno de ellos no pudo disimular el disgusto general, y se lo dijo con algo de mal humor. «Señor, contestó sonriendo, sabed que hace mucho bien á un pecador como yo hablar de corazon á corazon con una santa esposa de Jesucristo, como es la hermana de Valence. Ella rezará un *Ave Maria* por vos, y despues que hayais dormido esta noche, no os volveréis á acordar del disgusto de hoy.» (2)

De Valence pasó al Bourg-Saint-Audeol, y allí, al desembarcar, encontró á los cónsules de la ciudad que habian acudido á la ribera con todo el pueblo, para recibirle como á un angel del cielo. Le condujeron á la iglesia parroquial con todos los honores posibles, y á pesar de oponerse á ello, cantaron el *Te Deum* para dar gracias á Dios por la dicha de poseerle algunos instantes (3). Al dia siguiente entró en Avignon, y habiéndose presentado en la fonda llamada de la Manzana de Oro, sin poder encontrar allí alojamiento porque todo estaba ocupado, se hizo conducir con otro Prelado, que tambien buscaba habitacion, á la fonda de la calle de la Cruz. Durante el camino,

(1) Fundacion inédita de Valence, p. 166.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 14 de noviembre.

(3) Carlos Aug., p. 563.

mientras el otro Prelado, de mal humor, se quejaba de la lluvia que caía á torrentes y de lo desagradable que era ir de posada en posada á pié, el santo Obispo, sin manifestar que notaba siquiera estos contratiempos, no cesó de catequizar al mendigo que le conducía hasta que llegaron á la fonda, donde despues de haberle dado gracias por su trabajo con mucha bondad, le ofreció acordarse de él al dia siguiente en el santo Sacrificio (1).

Es imposible espresar la alegría que experimentó el pueblo de Avignon al saber la llegada del hombre de Dios. Hombres, mujeres y niños, todos corrían en su seguimiento, le acompañaban por las calles y plazas, besaban los bordes de su capa, le pedían su bendicion, y se oía decir por todas partes á su paso: «Ese es el Obispo de Ginebra, el apóstol del Chablais; el que ha compuesto la *Introduccion á la vida devota y el Tratado del amor de Dios!* Ese es el gran Francisco de Sales, el fundador de la Visitacion, el autor de tantos milagros. ¡Qué dicha la de verle! ¡Qué gracia nos ha hecho Dios con que le poseamos! (2) Este concierto de alabanzas y de aclamaciones confundía al humilde prelado, y para sustraerse de ellas resolvió salir lo menos posible. En una ocasion, no pudiendo sufrir estos gritos en su alabanza, entró en una librería como para mirar unos libros: «¡Ay! exclamó, lo que ha dicho Salomon es muy cierto: ¡Vanidad de vanidades! Si me dejara llevar del impulso que siento haría acciones ridículas para desengañar á este pueblo; pero es preciso vivir con sinceridad cristiana, no hacer el loco ni el sabio, no hacer nada por ser alabado ó despreciado, sino obrar sencilla y fielmente por Dios, nuestro divino Maestro.» Otras veces en semejantes circunstancias decía, con las lágrimas en los ojos: «Ah, Dios mio, es á Vos, solo á Vos á quien pertenece toda gloria.» (3)

(1) Vida de la Madre Ballon, por el P. Crossi, lib. III, c. III.

(2) Carlos Aug., p. 563.

(3) Deposition de Rolando que, le acompañaba.

Todo el tiempo que Francisco permaneció en Avignon, solo se ocupó de cosas santas. Al día siguiente de su llegada, toda la ciudad estaba en movimiento para ver la entrada triunfal de Luis XIII, que volvía victorioso de la toma de Montpellier á los protestantes rebeldes, acompañado de las reinas María de Médicis y Ana de Austria. Las calles y ventanas estaban llenas de gente para gozar de este magnífico espectáculo, para el cual había desplegado Avignon toda su pompa y la corte todo su esplendor. En medio de este entusiasmo general, el santo Obispo, de rodillas en su cuarto, hablaba con el cielo y oraba, sin dirigir una sola mirada á la comitiva que pasaba por delante de su ventana. Le propusieron ver al menos por un instante una fiesta tan magnífica: «Os dejo el sitio á vosotros, que sois aún de este mundo, dijo, porque yo no soy ya de él; me voy á mi Padre que está en los cielos, y es preciso que trabaje en su obra para darle buena cuenta.» (1)

Constante en este espíritu de desprendimiento, no fué á las fiestas de la corte sino lo menos posible; no trató con los grandes sino para los intereses de la religion; y no los recibió en su casa sino para hablarles de Dios y de su salvacion (2). Pasó el día 19 de noviembre con los Jesuitas; y allí, despues de haber dicho Misa, prolongó tanto su oracion, que creyeron iba á pasar en ella toda la mañana, si no le suplicaban se rindiera al deseo de los religiosos, que querian pedirle su consejo sobre varias cosas. Un Padre se encargó de avisarle, y el santo Obispo se levantó al punto, diciendo: «Padre mio, la oracion es para mí lo mas útil y lo mas dulce, pues por medio de esta comunicacion de corazon, aprendo cada vez alguna cosa buena para aplicármela á mí mismo.» Despues de comer los Padres se compartieron el favor de hablarle hasta la hora en que debia ir á ver al Príncipe; y entonces, reti-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 16 de noviembre.

(2) *Idem*, 18 de noviembre.

rándose prontamente, dijo al Padre Rector que le acompañaba estas palabras, que prueban bien las santas disposiciones con que iba á la corte: «¡Oh! cuánto mas gusto tengo en una hora de conversacion espiritual con una buena alma, que en ver todas las curiosidades de la tierra! Adios, Padre mio, añadió con un profundo suspiro, vamos al cielo, y muy pronto la tierra estará á nuestros pies.» (1)

Los días siguientes dijo Misa en varios conventos, cuyas comunidades ofrecian un interés especial á su piedad. Fué primero á los Padres de la Doctrina Cristiana, donde la profunda estimacion de que estaba penetrado hácia el venerable Cesar de Bus, su fundador, muerto quince años antes, le hizo rehusar los ornamentos negros que le habia preparado el sacristan, no queriendo celebrar sino con ornamentos blancos ante el cuerpo del hombre de Dios. «Quiero decir la Misa de los Confesores, pues el venerable Cesar de Bus es un santo, y voy á dar gracias al Señor por los favores que le ha hecho.» En el convento de Santa Práxedes predicó sobre las virtudes de Santa Cecilia, cuya fiesta se celebraba aquel día, y pronosticó á las hermanas que dentro de poco tendrian cerca de ellas un monasterio de sus amadas hijas de la Visitacion.

En los Celestinos, que conservaban las reliquias del bienaventurado Cardenal Pedro de Luxemburgo, pronunció el panegírico de este santo personaje, sin mas preparacion que la oracion que hizo al pié de su tumba; y hubiera querido permanecer todo el día en la Iglesia. «Dejadme, decia á los que le invitaban á retirarse, dejadme que esté un poco mas cerca de este ilustre maestro. Nunca he leído nada que me haya producido tanta confusion sobre mi vocacion eclesiástica, como la vida de este joven Cardenal.» (2) Fué á Tarascon á venerar las reliquias de Santa Marta, y hubiera querido ir á Saint-Baume para vi-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 19 de noviembre.

(2) *Idem*, 24 de noviembre.